

NO ALCANZAS A CONTAR TRES

POR MARCELA VALLEJOS M.



**NO ALCANZAS
A CONTAR TRES
Marcela Vallejos M.**



PRIMERA EDICIÓN

Enero 2019

Editado por Aguja Literaria
Valdepeñas 752

Las Condes - Santiago - Chile

Fono fijo: +56 227896753

E-Mail: agujaliteraria@gmail.com

Sitio web: www.agujaliteraria.com

Página facebook: [Aguja Literaria](https://www.facebook.com/AgujaLiteraria)

ISBN: 9781793945372

DERECHOS RESERVADOS

N° inscripción: 299.419

Marcela Vallejos M.

No alcanzas a contar tres

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático

TAPAS

Imagen de portada y diseño: Carla Moreno Saldías

[Volver al índice](#)

*Dedico este libro con mucho cariño
a ese hermoso valor llamado amistad.
A los grandes amigos incondicionales
presentes en "las buenas" sonriendo,
y en "las malas", abrazando.*

Gracias por tanto.

ÍNDICE

PARTE I

Zadu el campesino

PARTE II

Creando una canción

PARTE III

Encuentro en la cascada

PARTE IV

Camino al pueblo

PARTE V

El contrato de Tromax

[Volver al índice](#)

PARTE I

Zadu el campesino

Era una hermosa tarde de verano, el sol era intenso y corría esa cálida brisa que te recuerda que es una época perfecta para disfrutar del atardecer. Zadu, un pequeño de doce años, quien vivía cerca del río, había construido un puente para poder tirar piedrecillas y relajarse viendo las ondas del agua desde allí.

Zadu vivía en una familia de campesinos que cultivaban la tierra y eran expertos en ello, a pesar de que no tenían estudios previos. "Es algo que se hereda tras generaciones", le decía siempre su padre, y él estaba muy orgulloso de lo que sus padres hacían. Por eso, cada tarde después de la escuela se devolvía corriendo para ayudar con el arado, sembrado y la alimentación de los animales.

Cuando le tocaba alimentar a las gallinas, les gritaba: "¡Ti qui ti qui tiiii, ti qui ti qui tiiii!", y estas salían corriendo del gallinero con actitud de "Yo llegaré primero", y movían rápido sus patitas hasta llegar donde se encontraba Zadu. Luego le correspondía alimentar a los cerdos y a sus cerditos, que gritaban ansiosos, les dejaba su comida y todos se acercaban a comer; ¡qué griterío tenían! Y qué decir de los patos, que al escuchar sus pasos corrían hacia él graznando. Pero lo que más le gustaba era ir al potrero, donde se encontraban los caballos y sus potrillos. Había uno en especial que le gustaba mucho, era su regalón, se llamaba Palomillo, y cuando lo veía se acercaba dando brincos, contento de verlo y detrás de Palomillo venía su madre caminando elegantemente, como diciendo: "Niños jugando". Era un momento muy alegre, se saludaban, jugaban un rato y les dejaba su alimento.

Cuando llegaba la tarde y Zadu terminaba sus labores, se dirigía a cenar junto a sus padres. El lugar favorito de la familia para realizar aquella comida era bajo un hermoso parrón. Allí había una larga mesa de color café rodeada por seis sillas: una roja, una blanca, una celeste, una rosada, una amarilla y una verde. Allí disfrutaban de un grato ambiente campestre, reían y compartían las anécdotas del día y luego se iban a descansar, pues para ellos el día partía muy temprano.

En la madrugada, la familia se levantaba y organizaba para realizar sus labores. Había que alimentar nuevamente a los animales; Zadu se encargaba de ellos mientras sus padres regaban la huerta y picaban la tierra para la plantación de papas. Después de aquella temprana y movida jornada, Zadu se preparaba para ir a la escuela. Tomaba un buen desayuno para tener mucha energía, porque sin comer es imposible crecer sano y fuerte, por eso se alimentaba muy bien, comía frutas, verduras, leche y pan amasado; todo aquello un regalo de su propio campo. Los sabores eran inolvidables y una de las cosas que más le gustaba era el pan que horneaba su madre. Luego del desayuno, lavaba sus dientes y partía feliz por aquellos caminos llenos de árboles disfrutando el aroma del campo, no sin antes despedirse de su amigo, el potrillo, este lo acompañaba un rato y caminaban juntos hasta que Zadu se alejaba de su hogar para encaminarse a la escuela. "No te preocupes, amigo, nos vemos a medio día, adiós", se despedía cariñoso y partía.

Su escuela era pequeña, pero muy cálida, y como ya estaban por terminar el año escolar los niños salían al mediodía, así aprovechaban al máximo sus

estudios con el incentivo de irse temprano a casa. Talí, su profesor, era muy amigable, le gustaba potenciar cada una de las habilidades de sus alumnos y cuando veía que tenían dificultades siempre los alentaba a seguir. “¡Practiquen, si practican aquello que les cuesta, saldrán adelante, vamos!”, les decía con pasión. Los alumnos, confiados en las palabras de su maestro seguían sus consejos, Talí era un profesor con vocación.

En el transcurso de la clase, el profesor dijo de pronto:

—Tengo una buena noticia, escuchen todos, ¡atención! ¡Hoy haremos un concurso! —Los alumnos aplaudieron—. Y se trata de... ¡Ta ta ta tán! ¡Componer una canción! Y aquel que gane podrá ir a conocer la gran capital. En caso de que el ganador no pueda viajar, se le dará un cheque con la equivalencia del viaje con todo pagado.

Mientras el profesor hablaba, todos escuchaban atentos y se preguntaban cómo sería la gran capital, pues solo habían visto en las noticias algunos de sus lugares más pintorescos.

El reloj de búho ululó, lo que significaba que había terminado la jornada. Todos se levantaron, arreglaron sus cosas y se despidieron del profesor para partir a sus casas.

—¡Espero sus canciones! —dijo el profesor, mientras los alumnos reían y pensaban en qué iban a componer para el gran concurso.

Mientras caminaba a su casa, Zadu se preguntaba:

—¿Y si participo? ¡No, no, mejor no... me da vergüenza! —se respondió.

Siguió avanzando por el camino de tierra, sus zapatillas chocaban de vez en cuando con alguna piedra. Oía el cantar de las aves y el viento susurrar entre las hojas de los árboles, se detuvo a escuchar todo eso y de pronto se dijo:

—¡Esto es música!

De inmediato se le vinieron unas palabras a la mente:

“Cuando juegas, cuando ríes, cuando saltas —¡sonríó!—, porque te vi nacer y ahora puedes correr...”.

Sonrió sorprendido.

—¿Qué me pasa?, ¡estoy cantando! —Rio.

Siguió su camino hasta llegar a su casa. Al entrar, saludó a su familia y anunció:

—¡Voy al puente y regreso!

Sus padres sabían que le encantaba llegar a la casa, dejar su mochila y correr al establo para ir con su amigo Palomillo al puente. Mientras él tiraba piedrecillas, el potrillo pastaba cerca del lugar. Zadu buscaba las mejores piedritas, llamadas taguas, esas dejaban unas ondas fantásticas sobre el agua. Respiró profundo y se relajó viendo el atardecer.

—¡Qué hermoso es, qué perfección! —A su mente vinieron unas palabras y dijo—: “Tu cabello se ilumina con el sol... el viento acaricia tus ojos, qué belleza y perfección. Eres mi amigo y compañía”.

Extrañado, exclamó:

—¿Qué me pasa? ¿Ahora canto? ¡Naaaaaa!

Dejó a un lado la idea y siguió tirando piedrecillas al agua, hasta que llegó su vecino, Juancho.

—¡Hola, potrillo; hola Zadu! Aquí te pilló otra vez. No me digas que estás tirando piedrecillas.

¡Qué aburrido! ¿Por qué te gusta hacer eso si es tan fome? —le preguntó.

—¿Y por qué a ti te gusta pescar? —respondió Zadu, riendo.

—¡Pero qué buena idea, hagámoslo!

Juancho partió corriendo a su casa en busca de su caña artesanal y algunos señuelos, los puso en un tarrito, tomó otra para Zadu y metió todo en una bolsa. Luego dijo a sus padres que iría a pescar con Zadu. “Y ya saben, de cenar, hoy habrá pescado al horno”, les dijo y ellos rieron por su comentario, luego se fue corriendo.

Mientras tanto, Zadu se encontraba en el puente esperando a Juancho. Era un lugar perfecto para “lanzar hilos”, como decían ellos. Habló con Palomillo sobre lo que pensaba y le comentó que tenía que componer una canción, el potrillo lo miraba como si comprendiera lo que le decía. Estaban en eso, cuando de pronto llegó Juancho corriendo y gritando:

—¡Zadu, Zadu! ¡Aquí traigo la caña!

—Deja de gritar, espantarás a todos los peces con tanto grito y si se van, ¿qué tendremos para cenar? —preguntó Zadu entre risas.

Juancho preparó su caña de colihue más un tarrito e hilos de pescar. Sacó algunos señuelos.

—Zadu, tienes que tirarla al agua y listo, no te cuestiones el porqué.

Ambos rieron. Zadu sacó el tarrito de la bolsa que había traído su amigo, preparó su caña y se sentaron a pescar en silencio.

El ambiente era tan agradable, cálido y con una leve brisa veraniega, los pájaros pasaban cantando y a lo lejos se escuchaba ladrar un perro. Palomino los miraba y pastaba

Pasado un rato, Juancho gritó:

—¡Pesqué algo, pesqué algo!

—¿A ver? —preguntó Zadu—. ¡Enrolla el hilo rápido... se te irá!

—¡En eso estoy! —gritó Juancho al tiempo que tiraba el hilo, hasta que de pronto, apareció en el agua un pez que no dejaba de moverse. Juancho, que era más experto, lo subió y metió en una bolsa—. ¡Excelente, tenemos uno! —dijo, saltando y gritando.

—¡Deja de gritar y saltar! ¡Eso fue suerte de principiante, me espantarás al mío! —Rio.

Adoptaron de nuevo su postura de pescador y guardaron silencio. De pronto, Zadu tuvo un pensamiento: "Cuando estoy junto a ti, todo es calma, amor y equilibrio, tu alegría inunda mi ser". "Esa es la tercera estrofa, si hay una cuarta, tomaré un cuaderno y la escribiré".

De pronto, Juancho gritó de nuevo:

—¡Se mueve, se mueve!

—¿Qué? ¡No me digas que otra vez y yo nada! ¡Qué buen pescador eres! —lo felicitó.

Comenzaba a hacerse tarde y Juancho había logrado sacar otro pez. Miró a Zadu y le dijo:

—Si no sacas nada ahora, para que no llegues a tu casa sin nada yo te regalaré uno de los míos, ¿bueno?

—Está bien. —Rio—. ¡Qué buen amigo eres! —Justo en ese instante, en la caña de Zadu picó algo—. ¡Juancho, algo se mueve, pero es muy pesado! ¡No puedo subirlo y me está tirando hacia abajo... no puedo! ¡Aaahh!

Zadu perdió el equilibrio y, ¡splash!, cayó al agua. Juancho reía a carcajadas.

—¡No puedo creer que un pez tenga más fuerza que tú, ja, ja, ja! Ya, sal del agua que debemos volver a nuestras casas.

Todo mojado y avergonzado, Zadu salió del agua, se miró y se empezó a reír.

—Igual era un gran pez.

Tomaron sus cosas y partieron de regreso a casa.

Cuando llegaron al cruce, que dividía los caminos que cada uno debía tomar, se despidieron y Juancho le dio uno de sus peces a Zadu.

—Aquí tienes, un pez de regalo para mi amigo. Yo cumplo mi palabra.

—Gracias, le diré a mi mamá que lo pesqué yo.

Ambos rieron y partieron cada uno por su lado.

De camino a casa, Zadu reía solo al recordar lo vivido con Juancho.

—Este Juancho es muy divertido y generoso.

Al llegar a su casa, abrió la cerca y se encontró con su padre.

—¡Zadu! ¿Tenemos cena para hoy? —preguntó riendo su padre.

—Sí, pero no gracias a mí, gracias a Juancho.

Se acercó a su papá para abrazarlo y darle un beso. Luego entraron juntos a la casa.

Su madre se encontraba preparando ensaladas y, al sentir la puerta, gritó:

—¿Cómo se encuentra mi pescador favorito?

—No pesqué nada y más encima me caí... ¡picó un pez tan grande que no pude con él y me lanzé al agua! —dijo algo avergonzado, sin dejar de sonreír.

Todos rieron un rato. La mamá preguntó dónde estaba el pez y Zadu se lo entregó para ir a darse una reconfortante ducha y estar impecable para la

cena. Sus padres, en tanto, se quedaron preparando una rica comida.

Cuando entró a su habitación, buscó en su escritorio un cuaderno y un lápiz. “Por si viene la cuarta”, pensó, rio de su comentario y entró a la ducha. El agua estaba cálida y él estaba fascinado bañándose cuando, de pronto, pasó una nueva estrofa por su mente: “Estando juntos, el sol nos ilumina y ese brillo intenso rodea nuestra piel...”.

—¿Qué me sucede, ahora estoy inventando canciones? —se preguntó—. Bueno, cumpliré lo que dije; se me ocurrió una cuarta estrofa así que la voy a anotar.

Cuando salió de la ducha se envolvió en una toalla y empezó de inmediato a escribir para dejar aquellas ideas plasmadas en su cuaderno:

“Cuando juegas, cuando ríes, cuando saltas, sonrío, porque te vi nacer y ahora puedes correr.

Tu cabello se ilumina con el sol... el viento acaricia tus ojos, ¡qué belleza y perfección!

Cuando estoy junto a ti, todo es calma y amor, tu equilibrio y alegría inundan mi ser.

Estando juntos, el sol nos ilumina y ese brillo intenso rodea nuestra piel...”.

—¡Soy un artista! —exclamó.

—¡A cenar, Zadu! —gritó su mamá desde la cocina.

—¡Excelente, ya voy!

Una vez abajo se sentó a la mesa con sus padres. Había ricas ensaladas verdes, papas y el ansiado plato principal: ¡pescado frito!

—¡Qué delicia! ¡Gracias Juancho! —Rio y lo probó—. Mamá, te quedó exquisito.

—Gracias, hijito.

Luego de aquella deliciosa cena, se fueron al *living* y conversaron un rato, Zadu les contó a sus padres sobre el concurso y señaló que ya estaba trabajando en la canción que presentaría, ellos lo felicitaron por su entusiasmo y lo motivaron para que hiciera su mayor esfuerzo. Cuando les dio sueño, se fueron a dormir; no sin antes darse un abrazo de buenas noches.